

Timothy W. Ryback

El ascenso de Hitler al poder

1932-1933



Galaxia Gutenberg

TIMOTHY W. RYBACK

El ascenso de Hitler al poder

1932-1933

Traducción de
Alejandro Pradera

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Takeover. Hitler's Final Rise to Power*
Traducción del inglés: Alejandro Pradera Sánchez

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2025

© Timothy W. Ryback, 2024

Esta edición se publica según acuerdo con Alfred A. Knopf,
un sello de Knopf Doubleday Group, división de Penguin Random House LLC.

© de la traducción: Alejandro Pradera, 2025

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 10775-2025
ISBN: 979-13-87605-17-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

En memoria de Richard M. Hunt

1926-2020

Maestro, mentor, amigo

Cuando entré en la habitación de Adolf Hitler estaba convencida de que iba a conocer al futuro dictador de Alemania. Al cabo de unos cincuenta segundos quedé totalmente convencida de que no era así. Eso fue más o menos lo que tardé en darme cuenta de la alarmante insignificancia de este hombre que ha puesto el mundo patas arriba.

DOROTHY THOMPSON,
I Saw Hitler!, enero de 1932

Índice

1. Contemplando las estrellas	13
2. Víctimas de la democracia	33
3. Tranquilidad	45
4. La táctica de Hitler	61
5. El sábado 13	77
6. La mayoría manda.	89
7. Unos muchachos de Beuthen	99
8. Efecto disuasorio.	109
9. Arsenal de la democracia	119
10. Imperio de mentiras.	135
11. «Lluvia de oro»	153
12. El triunfo de la estridencia	165
13. La liebre y la tortuga	177
14. Desorientados	189
15. Traición.	203
16. El fantasma del regalo de Navidad.	223
17. Hitler en Lipperland	235
18. El calibrado de Strasser	247
19. Apariciones	257
20. Los apuntadores de Hindenburg	271
21. Un fin de semana fatídico.	281
22. El 30 de enero de 1933	303
Posdata	317
Agradecimientos	325

Nota sobre las fuentes	327
Notas	337
Índice analítico	381
Créditos de las ilustraciones.	403

CAPÍTULO 1

Contemplando las estrellas

La mayor partida de póker del mundo se está jugando aquí.¹

FREDERICK T. BIRCHALL, *The New York Times*,
Dateline Berlin, 10 de agosto de 1932

Un martes de mediados de agosto de 1932, por la noche, con el cielo despejado, Adolf Hitler estaba sentado en la veranda de Haus Wachenfeld, su casa de campo en las montañas del Obersalzberg, un poco más arriba que la localidad bávara de Berchtesgaden, mirando las estrellas con Joseph Goebbels. Durante la semana anterior habían sufrido unos vientos y unas lluvias de proporciones apocalípticas. Las laderas se derrumbaban, sepultando carreteras y vías férreas en una capa de barro de hasta 120 centímetros. El granizo había destruido aproximadamente el 50 por ciento de la cosecha de uva del valle del Mosela. Brandeburgo perdió el 75 por ciento de su cosecha de cerezas. Los campos de tabaco de Schwedt desaparecieron del mapa. En Posen (Poznań), un agricultor y una jornalera murieron a causa de un rayo, y una mujer y un niño fueron hospitalizados. El periódico alemán *Vorwärts* informaba en un titular: «La muerte cae de las nubes».² Después los cielos empezaron a despejarse.

«Con Hitler en el Obersalzberg. Un sol maravilloso», anotaba Goebbels aquel domingo en su diario.³ «Moral alta. ¿Y por qué

no?» Si todo salía conforme a lo planeado, al final de aquella semana Paul von Hindenburg, presidente del Reich, ya habría nombrado canciller del Reich a Adolf Hitler. En las elecciones al Reichstag del 31 de julio de 1932, los nacionalsocialistas habían conseguido trece millones de votos, más del 37 por ciento del electorado, con 230 escaños de los seiscientos que forman el Reichstag, duplicando su representación legislativa. «¡Hemos conseguido una gran victoria!», proclamaba Hitler la noche electoral.⁴ «Nunca ha habido nada parecido a esto en la historia de nuestro pueblo.»

Diez días después, Hitler y Goebbels estaban en el Obersalzberg, sentados bajo un cielo cuajado de estrellas, hablando, haciendo planes, recordando los viejos tiempos, como solía hacer Hitler en la intimidad. La noche anterior Hitler había estado hablando de estrategia con Goebbels hasta las cuatro de la madrugada, con motivo de lo que parecía su inminente «toma del poder». Goebbels iba a ser ministro de Cultura y Educación. «Me han dado los colegios, las universidades, el cine, la radio, el teatro y la propaganda», anotaba más tarde en su diario.⁵ «Una cartera inmensa. Suficiente para llenar una vida entera.» Goebbels juró no entregar el poder jamás. Y escribía: «Tendrán que sacarnos de aquí a rastras como cadáveres».

Aquel martes de mediados de agosto por la noche, Hitler y Goebbels cavilaban, en un tono más contenido, sobre sus respectivas infancias. El padre de Hitler, un funcionario de aduanas de nivel medio, un hombre frustrado cuando estaba sobrio y brutal cuando se emborrachaba, le había exigido a su hijo que siguiera sus deshonrosos pasos y que hiciera carrera en la administración civil. Hitler, como todo el mundo sabe, quería ser pintor. Ni las más severas azotainas podían disuadirle de su ambición. «Mi padre se negó a abandonar su “Nunca”, y yo le pagué con la misma moneda», decía Hitler en *Mi lucha*.⁶ Después de una de aquellas azotainas, Hitler salió y le dijo orgullosamente a su madre: «¡Papá me ha pegado 32 veces!».⁷ En otra ocasión, Hitler perdió el conocimiento por una paliza. Su madre le arrastró y logró ponerle a salvo, a pesar de los golpes implacables de su esposo. «Hitler tuvo casi la misma

infancia que yo», afirmaba Goebbels en su diario.⁸ «El padre, un tirano; la madre, una fuente de bondad y amor.»

Las ambiciones artísticas de Hitler acabaron flaqueando y más tarde fracasaron, pero su tenacidad, ya fuera heredada o inculcada a bastonazos por su padre, siguió tan cerril e implacable como antes. Después de fracasar en su candidatura a presidente del Reich en abril de 1932, Hitler acudió a los tribunales para pedir que se anulara el resultado de las elecciones. «Hitler impugna la validez de las elecciones», anunciaba el *New York Times* en un titular.⁹ El tribunal desestimó la demanda de Hitler. El tribunal señalaba que Hindenburg había derrotado a Hitler por 5.941.582 votos y confirmó los resultados electorales, dictaminando que la diferencia era «tan sustancial que no tendría sentido un recuento de papeletas a nivel nacional».¹⁰ A pesar de todo, Hitler se declaró vencedor de las elecciones, haciendo hincapié en que su partido había conseguido en las urnas dos millones de votos más que en la anterior convocatoria electoral. «Es una hazaña sin igual, y la he conseguido a pesar de la prohibición inconstitucional de mis llamamientos electorales por radio», decía Hitler, denunciando la avalancha de «mentiras y calumnias difundidas sobre mí en la campaña electoral de los diez partidos opuestos a mi candidatura».¹¹ Hitler tenía la vista puesta en las siguientes elecciones al Reichstag con una determinación igual de encarnizada en su intento de destruir la democracia a través del proceso democrático. Haciéndose eco del llamamiento revolucionario de Georges-Jacques Danton a la acción desenfadada y audaz —«*l'audace, encore l'audace, toujours l'audace*»— que precedió y después precipitó el primer baño de sangre del Terror en Francia, Hitler ofrecía su propio llamamiento por triplicado a empuñar las armas contra la república constitucional de su país: «Seguiré igual que empecé, atacaré, atacaré, y volveré a atacar».

Durante trece años, desde su primer encuentro con un puñado de hombres en el reservado de una cervecería de Múnich, en septiembre de 1919, a Hitler solo le había movido una ambición: destruir el sistema político al que responsabilizaba de la miríada de males que asediaban al pueblo alemán. Juró vengarse de los

políticos que «apuñalaron por la espalda» a los soldados del frente con el Armisticio, vengarse de los «traidores» que firmaron el Tratado de Versalles, cargando al pueblo alemán con la «culpa de la guerra» y los asfixiantes pagos de las reparaciones de guerra. Decía que «rodarán cabezas». Juró dismantelar el sistema político pluripartidista que, según él, había fracturado y polarizado la nación alemana, enfrentando «a un individuo con otro, a la ciudad con el campo, a los jornaleros con los obreros fabriles, a Baviera con Prusia, a los católicos con los protestantes y a los protestantes con los católicos», como había dicho aquel mes de julio poco antes de las elecciones al Reichstag.¹² Aquellas palabras de Hitler se conservan en una grabación de dos discos titulada «Llamamiento a la Nación». Hitler habla con su cadencia y su estridencia características, pero en un tono apreciablemente moderado. No hay impropiedades, ni desvaríos, ni vendavales de aplausos, ni coros de «*Sieg heil!*». Se advierten, entre los crujidos y algún que otro salto de los discos de goma laca, rastros de inflexiones bávaras y austriacas: las erres son vibrantes y las tes más suaves que las consonantes más marcadas y cortadas del norte de Alemania. Es el sonido de Hitler posicionándose como un líder político, más que como un revolucionario. Como sugiere la etiqueta parda del disco, engalanada con una esvástica que se emborrona a 78 rpm, se trata de un «llamamiento», no de una diatriba.

Harry Kessler, hijo de un banquero de Hamburgo y de una aristócrata británica, era un exdiplomático, un ciudadano de a pie en la política nacional, con un estilo de vida peripatético: Berlín, Londres, París, Cannes, y fue uno de los observadores de la política contemporánea más perspicaces de la época. Mientras que muchos observadores consideraban a Hitler un político indeciso, fanático, y a veces enajenado, Kessler intuía que Hitler sabía exactamente lo que hacía. Kessler argumentaba que el estilo oratorio de Hitler en los mítines políticos —«retórica trivial y rimbombante»— servía para distraer la atención de la calculada y calibrada manipulación de la situación que hacía Hitler. Lo que hacía a Hitler tan peligroso, Kessler estaba convencido de ello, era su bravuconería, detrás de la

que se ocultaba «su intuición, su capacidad de evaluar una situación a la velocidad del rayo, y de reaccionar con una rapidez y una eficacia asombrosas».¹³

Hans Prinzhorn era un psiquiatra que escribía sobre arte y política. Su memorable estudio sobre la locura y la expresión artística sigue siendo un punto de referencia para los historiadores del arte. Prinzhorn había asistido a un mitin de Hitler en Weimar en la primavera de 1930, y se quedó impresionado por el efecto hipnótico que tenía Hitler sobre sus oyentes. Hitler elevaba su voz hasta un «registro demagógico» y después, de repente, guardaba silencio durante un momento y proseguía con un tono «apagado», «como si no hubiera pasado nada». Además, Prinzhorn advirtió que Hitler se limitaba a un puñado de lugares comunes que repetía una y otra vez. La «influencia judía» y la «traición de Versalles» eran algunas de sus expresiones favoritas, igual que «rodarán cabezas». Prinzhorn sugería que los oyentes reaccionaban a los recursos retóricos de Hitler —el volumen, el ritmo, la modulación, la repetición— de una forma emocional, más que racional, lo que le hacía inmune a los ataques de sus adversarios políticos. «Cuando dicen que los discursos de Hitler carecen de sentido y son vacuos, se creen que han dado con un argumento crucial», escribía Prinzhorn.¹⁴ «Pero las valoraciones intelectuales de la experiencia Hitler —*Hitler-Erlebnis*— obvian totalmente el quid de la cuestión.» En el caso de Hitler, el medio era el mensaje. Bella Fromm, periodista del venerable *Vossische Zeitung*, observaba: «Hitler sabe a lo que está jugando».¹⁵

Se aprecia ese mismo tono calculado y calibrado en el «Llamamiento a la Nación» de Hitler, concebido para hacer llegar su mensaje más allá de su base fanáticamente fiel y abarcar al electorado en general. Hitler prescinde de sus tropos más incendiarios. No hay amenazas de que cuando él y su partido lleguen al poder «rodarán» las cabezas de los firmantes del Tratado de Versalles. No habla de vengarse de sus enemigos políticos, ni largas disquisiciones sobre las conspiraciones de los judíos. De hecho, Hitler no hace ninguna mención a los judíos. Habla, en cambio, del asombroso ascenso de su movimiento político. «Empecé a trabajar para volver a unir a los

alemanes hace trece años con siete hombres, y hoy hay trece millones en nuestras filas», dice Hitler. Al principio «la gente se burlaba de los nacionalsocialistas y los ridiculizaba», recuerda Hitler. «Ahora ya nadie se ríe.»

Hitler enumera las deficiencias de la democracia representativa y del gobierno pluripartidista. Habla de la inflación y del paro. Los agricultores y ganaderos se han visto «sumidos en la misera». Las clases medias han quedado «arruinadas». Uno de cada tres hombres o mujeres dispuestos a trabajar carece de empleo. «Han hecho añicos las esperanzas de millones de personas.» El gobierno, tanto a nivel federal como estatal como municipal, está en bancarrota. «Las arcas están vacías.» Se aprecia, como señalaba Prinzhorn, la inverosímil capacidad de Hitler de «remachar una y otra vez» unos cuantos asuntos cruciales de forma tal que «el hombre corriente pueda comprender y recordar».

Poco antes de las elecciones al Reichstag del 31 de julio, Hitler está claramente posicionándose como futuro canciller, tendiendo la mano a la nación, intentando salvar las divisiones de clase y de conciencia, o entre el socialismo y el nacionalismo, con un llamamiento especial a los grandes electorados católicos y protestantes que habitualmente votan por los partidos de centro conservador. «El Todopoderoso que permitió que un movimiento que comenzó hace trece años con siete hombres creciera hasta los trece millones nos concederá más adelante el día en que los alemanes vuelvan a convertirse en un pueblo unido», afirma Hitler para concluir su discurso.¹⁶ «Si la nación cumple con su deber –lo que significaba votar al Partido Nacionalsocialista–, llegará el día en que se nos conceda de nuevo un Reich de honor y libertad, de trabajo y pan.»

El discurso, de ocho minutos y medio, disponible en un disco doble, se puso a la venta por 1,60 marcos (aproximadamente ocho dólares de hoy en día) en las librerías y en los quioscos de prensa de todo el país a mediados de julio. Se anunciaba como «¡El primer disco de Adolf Hitler!». Dos semanas después, casi catorce millones de votantes le dieron a Hitler su ansiada victoria electoral, con un 37 por ciento del electorado y 230 diputados en una

asamblea de seiscientos escaños. Ahora los nacionalsocialistas eran la mayor fuerza política del país. Más tarde, el 4 de agosto, Hitler recibió una llamada telefónica. Era Kurt von Schleicher.

*

Como todo el mundo, Hitler sabía que Schleicher era el traficante de influencias por excelencia en Berlín. En calidad de ministro de Defensa, el general, de cincuenta años, estaba al mando del Reichswehr, las Fuerzas Armadas del país, pero además, lo que era igual de importante, gozaba de la confianza de Paul von Hindenburg, presidente del Reich, que tenía la potestad constitucional de nombrar y destituir al canciller cuando quisiera. En una inversión de la famosa máxima de Carl von Clausewitz, para Schleicher la política de fuerza era la guerra por otros medios. «Con las bayonetas se puede hacer cualquier cosa, excepto sentarse encima», le dijo en una ocasión Schleicher a André François-Poncet, embajador de Francia en Berlín. Impresionado por el «*réalisme*» y el «*cynisme*» de Schleicher, François-Poncet lo calificaba de «*maître de l'intrigue politique*». ¹⁷ Frederick T. Birchall, corresponsal jefe del *New York Times* en Europa, decía que «todo lo que parece temporalmente incomprensible» en la política alemana podía achacarse en última instancia al teniente general, un hombre «alto, enjuto, con los hombros ligeramente caídos» y con «un rostro astuto, más que duro». ¹⁸

Gottfried Treviranus, un antiguo miembro del gobierno, recordaba que, siempre que iba a visitar a Schleicher al Ministerio de Defensa, invariablemente se encontraba el escritorio del general despejado de papeles y formularios. En cambio, Schleicher tenía una docena de figuritas de cristal con formas de distintos animales. «Las cambiaba constantemente de sitio, las ponía o las apartaba de la luz, como un domador impaciente, que trataba a sus congéneres de una manera no muy distinta que a su colección de animales de cristal», recordaba Treviranus. ¹⁹ Schleicher conocía a toda la gente importante. Era amigo personal del hijo del káiser en el exilio, y un

íntimo en la Haus Hindenburg, el círculo familiar de los Hindenburg. Cuando era cadete, había sido compañero del único hijo de Hindenburg, Oskar, y prestó servicio con él en el 3.º Regimiento de a Pie de la Guardia Imperial, un regimiento del Real Ejército prusiano. Schleicher asistía a las cenas de gala con tanta asiduidad, o más, que a los ejercicios militares, y le gustaba que le fotografiasen en compañía de hermosas jóvenes. Bella Fromm decía que Schleicher era «un hombre de un encanto casi irresistible».

*

Hacía varios años que Hitler intentaba acceder a los enrarecidos círculos de Schleicher, que también incluían a Kurt von Hammerstein-Equord, jefe de Estado Mayor del Reichswehr, al que Schleicher conocía desde los tiempos en que estuvieron juntos, con Oskar Hindenburg, en el mismo regimiento imperial. Hitler fue presentado a Hammerstein a principios de 1924 en la mansión del fabricante de pianos Edwin Bechstein, cuya esposa era admiradora de Hitler. A Hammerstein no le pareció nada del otro mundo. Más tarde describía al líder político de 35 años como un «*Wirrkopf*», una persona sin fundamento.²⁰ Una segunda reunión, en 1926 o 1927, en el apartamento de Hammerstein en una calle de moda, la Hardenbergstrasse, pareció confirmar su apreciación inicial. «Habla demasiado y lo que dice no tiene mucho sentido», dijo después Hammerstein. Cuando Hammerstein llamó a Schleicher, en septiembre de 1931, para decirle que «el gran hombre de Múnich» —«*der grosse Mann aus München*»— quería reunirse con él, Schleicher declinó la propuesta. «Por desgracia, no estoy disponible», afirmó. Posteriormente Hammerstein se reunió con Hitler, que estuvo hablando sin parar durante la primera hora de la reunión, hasta que Hammerstein le interrumpió. Cuando su subordinado le informó de la conducta de Hitler, Schleicher preguntó: «¿Qué voy a hacer con ese psicópata?».²¹

Al final, Schleicher accedió a reunirse con Hitler, dos veces en octubre de 1931 y otra vez en mayo de 1932, en el despacho

de Werner von Alvensleben, un miembro de una familia *Junker* con un linaje que se remontaba al siglo XII. El hermano menor de Werner, Botho, era el cofundador y presidente del influyente Herrenklub, una asociación privada de destacados empresarios y políticos del *establishment*. Bella Fromm hablaba de una «camarilla *Junker*» de intrigantes en el Herrenklub.²² En aquel momento, Schleicher estaba intentando convencer al presidente Hindenburg de que relevara al canciller, Heinrich Brüning, un líder político de centro, y nombrara a Franz von Papen, un aristócrata apuesto pero aparentemente con mala suerte. En general, la gente consideraba a Papen un títere de Schleicher. A Schleicher le gustaba decir que la cabeza de Papen estaba hecha para llevar un sombrero de copa en vez de un cerebro,²³ y se refería a él con el nombre de «Fränzchen» («Francisquito»),²⁴

El despacho de Alvensleben, situado en un barrio muy arbolado, en la misma calle que el Ministerio de Defensa, permitía celebrar reuniones de forma discreta. Hitler accedió a apoyar a Papen como canciller si Schleicher accedía a convencer a Hindenburg de que derogara la prohibición que había impuesto Brüning a la SA (*Sturmabteilungen*), las «secciones de asalto» del ejército privado de Hitler, formado por 400.000 paramilitares, y de que convocara nuevas elecciones al Reichstag. Hitler esperaba conseguir la mayoría absoluta para el Partido Nazi (NSDAP) en el Reichstag, y con ella el derecho a la Cancillería. Schleicher aceptó rápidamente las condiciones de Hitler. «¡Papen está aislado! Su mandato como canciller no durará más que unos meses», dijo después.²⁵ Pero Hitler recelaba. No se fiaba de la expresión que veía en los ojos de Schleicher. «Negociar con Schleicher no será fácil», afirmó.

Pero Schleicher cumplió sus promesas. Hindenburg destituyó a Brüning el 1 de junio y nombró a Papen, junto con un nuevo Gobierno. Lutz Graf von Krosigk, un alto funcionario del Estado, fue nombrado ministro de Hacienda. Schleicher pasó a ser ministro de Defensa. Conforme a lo prometido, el 20 de julio se derogó la prohibición de las SA, lo que permitió que los nacionalsocialistas organizaran mítines masivos con vistas a las elecciones al Reichstag

del 31 de julio, que dieron como resultado una aplastante victoria de Hitler. Cuatro días después de las elecciones, Hitler recibía la llamada de Schleicher.

La llamada fue una grata señal. Hitler se había pasado la víspera, 3 de agosto, a orillas del Tegernsee, un lago de Baviera, ideando una estrategia con Goebbels a fin de sacarle el máximo partido político a los escaños del Reichstag que acababan de ganar. A pesar de las declaraciones triunfalistas de la prensa nacionalsocialista, lo cierto es que Hitler estaba decepcionado. Había esperado una mayoría clara en el Reichstag que le concediera el derecho indiscutible a ser canciller. Por el contrario, solo le quedaba la opción de participar en un gobierno de coalición o de ordenar a sus diputados del Reichstag que practicaran una política obstruccionista en el proceso legislativo. Al ser uno de los radicales de línea dura más destacados del círculo íntimo de Hitler, Goebbels se inclinaba por el obstruccionismo y por una política de «o todo o nada» —*Alles oder nichts*—, pero Hitler no estaba tan seguro. ¿Debían los nacionalsocialistas considerar realmente la posibilidad de un gobierno de coalición? De ser así, ¿con quién? Nunca con los comunistas ni con los socialdemócratas, por supuesto, y desde luego tampoco con el Partido de Centro (DZP), liderado por Brüning, cuyo gobierno acababa de caer. Solo quedaba el Partido Nacional del Pueblo Alemán (DNVP), generosamente financiado por Alfred Hugenberg, un magnate de los medios de comunicación, un cascarrabias que era tan intransigente en cuestiones políticas como Hitler. «Decisiones difíciles», anotaba Goebbels en su diario. «Suficientes para hacerle vomitar a uno.»²⁶ Y sin embargo, Hitler nunca había estado tan cerca de alcanzar el cargo de canciller. El hecho de que el ministro de Defensa le pidiera una reunión era buena señal. Después de la conversación con Schleicher, Hitler telefoneó a Goebbels, y después volvió a llamar a Schleicher para confirmar la reunión. «Deliberé brevemente con Hitler de nuevo», anotaba Goebbels aquella noche.²⁷ «Va a ir a ver a Schleicher para plantearle nuestras exigencias.»

Las circunstancias de la reunión de Hitler con Schleicher el 5 de agosto fueron ocultadas tan celosamente que aparentemente ni siquiera los más estrechos colaboradores de Hitler, y mucho menos la prensa, llegaron a conocer los detalles. Fred Birchall, del *New York Times* oyó decir que la reunión tuvo lugar o bien en Dresde o bien en la isla de Rügen, a tres horas al norte del Berlín.²⁸ El *Vorwärts* situaba el encuentro en la ciudad de Kyritz.²⁹ Goebbels pensaba que la reunión era en Berlín, y suponía que Hitler iría acompañado por Ernst Röhm, jefe de los paramilitares de Hitler, que ya había estado con él en la reunión de mayo con Schleicher, y por Hermann Göring, que a menudo le acompañaba. En realidad, la reunión tuvo lugar a ochenta kilómetros al norte de Berlín, en la localidad de Fürstenberg, un puñado de casas de tejado rojo a lo largo de una vía férrea que también llegaba a la comunidad vecina de Ravensbrück.* Hitler acudió acompañado por Gregor Strasser, oficialmente *Reichsorganisationsleiter*, el gerente del Partido para todo el Reich, lo que equivalía a máximo dirigente operativo del movimiento nacionalsocialista.

Hitler conocía a Strasser desde los albores de su trayectoria política, cuando todavía frecuentaba el escenario político radical y marginal de las cervecerías müniquesas, y Strasser estaba creando su propio movimiento de derechas en Augsburgo. «Era un hombre de 31 años, de facciones regulares y un bigote hirsuto», decía Otto, el hermano menor de Strasser, rememorando a Hitler.³⁰ «Su rostro todavía no estaba marcado por las preocupaciones.» Las sinergias eran evidentes tanto para Hitler como para Strasser. Hitler era el nacionalista fanático, Strasser el socialista comprometido. Juntos, dieron credibilidad al título de «nacional-socialista». Y aún más importante era el pragmatismo de Strasser. «El talento visionario de este hombre es singular», dijo Strasser de

* Ravensbrück se convirtió en el emplazamiento de un conocido campo de concentración, donde se estima que fueron recluidas 132.000 mujeres entre 1939 y 1945, de las que muchas fueron obligadas a realizar trabajo esclavo en una fábrica cercana, una empresa filial del grupo Siemens.

Hitler.³¹ «Pero ¿de qué sirve un talento que no está anclado en la realidad, cuyas brillantes ideas no pueden ponerse en práctica en el mundo real?» Strasser sabía cómo llevar las cosas a término.

Tras el fracaso del *putsch* de la cervecería (1923), mientras Hitler se encontraba en la cárcel de Landsberg a la espera de una sentencia indulgente, Strasser, que también estaba en prisión por cargos parecidos, consiguió salir elegido diputado del Parlamento de Baviera, lo que dio lugar a la suspensión de su sentencia. Mientras Hitler esperaba, Strasser avanzaba. Como director gerente del Partido, Strasser amplió el número de afiliados de 27.000 en 1925 a 800.000 en 1931. Además, Strasser cuadruplicó el número de agrupaciones del Partido, de 71 a más de 270, y reestructuró los distritos, una medida que contribuyó a dar impulso a las asombrosas victorias del NSDAP en las elecciones al Reichstag. En 1924, Strasser fue uno de los primeros doce diputados nacionalsocialistas del Reichstag y, en junio de 1932, el primer y único nazi al que se le permitió dirigirse por radio a la nación, cuando destiló la confusa agenda política del Partido en un mensaje simple y claro: «¡Alemania, Alemania, y solo Alemania!».³²

Strasser también había reclutado a algunos de los que más tarde fueron máximos líderes del Partido, entre ellos a Heinrich Himmler, a Röhm y a Goebbels, que fue segundo de Strasser durante un tiempo, más tarde fue, con Strasser, uno de los primeros diputados nazis del Reichstag, para después transferir toda su lealtad a Hitler.

Goebbels había sido testigo de la facilidad con la que Strasser entablaba el diálogo con otros grupos parlamentarios en el Reichstag. «Es curioso con qué poca resistencia se topa Strasser aquí», observaba Goebbels en mayo.³³ «De todos nosotros, parece ser el favorito de nuestros adversarios.» Goebbels no lo decía como un cumplido. Sin embargo, esas eran exactamente las habilidades que necesitaba Hitler para su encuentro con Schleicher.

El 5 de agosto por la mañana, Hitler y Strasser viajaron hasta Fürstenberg. Schleicher iba acompañado por Wilhelm von Gayl, ministro del Interior de Papeen, un jurista que había encabezado la delegación de Prusia Oriental en el Tratado de Versalles. Hitler había conocido a Gayl en junio de 1932 a fin de facilitar el levantamiento de la prohibición de vestir de uniforme en las manifestaciones públicas. A Hitler le ponía furioso lo respetuoso que era Gayl con la letra de las leyes y con los plazos y las demoras burocráticas. Goebbels le definió como «un esteta pálido, poco apto para garantizar el orden y la seguridad en estos tiempos revueltos», y anotaba: «Hay que echarle. De lo contrario, los rojos nos aplastarán a él y a nosotros».³⁴ Göring decía que aquel ministro del Interior, que aquel hombre con gafas era «débil, vacilante, no tiene iniciativa y tiene miedo de las responsabilidades».³⁵ Cuando Hitler despotricaba contra los políticos pusilánimes y contra los traidores de Versalles, estaba hablando de personas como Gayl y los demás aristócratas de clase privilegiada que copaban las carteras del «Gobierno de los monóculos» de Papeen. Hitler hablaba en tono de burla de aquel «*Kabinett von-von-von-von-von*». Y en tono de sarcasmo: «Si Dios quisiera que las cosas fueran como son, todos naceríamos con monóculo».³⁶ Goebbels no estuvo con Hitler en la reunión y desconfiaba de los móviles de Schleicher. Sospechaba que la intención de Schleicher era «atraer a Hitler y sacarlo del Partido».³⁷ En realidad, Schleicher tenía una estrategia que él denominaba *Zähmungsprozess*, proceso de domesticación, concebido para marginar a los «radicales» del NSDAP e incorporar al movimiento en la política mayoritaria. Schleicher elogiaba a Hitler por considerarle un «hombre modesto y disciplinado que solo quiere lo mejor» y está comprometido con el imperio de la ley.³⁸ Schleicher tenía palabras igual de halagüeñas para los camisas pardas de Hitler. Los consideraba un baluarte contra el radicalismo de izquierdas y no daba credibilidad, en contra de todas las evidencias, a las noticias de los periódicos sobre la violencia callejera que ejercían a diario las SA porque las consideraba «mentiras maliciosas».³⁹ Por supuesto, era pura hipocresía de Schleicher. Él quería desatar la furia de las

milicias de Hitler contra los paramilitares del Partido Socialdemócrata (SPD) y del Partido Comunista de Alemania (KPD), para que después el Reichswehr aplastara al ejército del Partido Nacionalsozialista. Schleicher comparaba esa estrategia a navegar «entre Escila y Caribdis». ⁴⁰ Esas eran la clase de metáfora elegante y la clase de peligro político que entusiasmaban a Schleicher.

Con su reunión con Hitler el viernes 5 de agosto, Schleicher daba el paso más trascendental de su aventurerismo político: engatusar al líder nazi para que abandonara la facción del «o todo o nada» de su movimiento con la oferta de la Cancillería del Reich. El secretario de Estado Erwin Planck –hijo del físico Max Planck– estuvo presente en la reunión y levantó acta de las deliberaciones. Da la sensación de que el acta de Planck vino a confirmar las peores sospechas de Goebbels:

Hitler afirmó que su partido exigía que ahora él se hiciera cargo de los asuntos del Reich. ⁴¹ Dijo que la idea no le entusiasmaba demasiado, pero que tampoco podía renunciar a ella así como así. Si el presidente del Reich le pidiera que manifestara su opinión en calidad de líder de su partido, él propondría que el presidente del Reich le encomendara formar gobierno. En cualquier caso no pensaba hacer ningún cambio sustancial. Strasser sería nombrado ministro de Interior. Papen se haría cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores. No había ningún inconveniente en que los demás ministros y secretarios de Estado, incluido el secretario de Estado de la Cancillería del Reich, permanecieran en sus cargos.

Hitler dijo que esperaba que el Reichstag aprobara su gobierno. No había motivos para pensar que el Führer pretendiera incumplir la legislación ni reformar la Constitución. Por su parte, Strasser insistía en que Hitler también fuera nombrado primer ministro de Prusia, cuyo gobierno regional había sido suspendido, y que le asignaran a él, Strasser, el Ministerio de Interior prusiano. El estado federal de Prusia representaba dos tercios de la masa continental del país, y dos tercios de su población. El sentido común político decía que «quien tiene Prusia tiene Alemania». Strasser le dijo a

Schleicher que su primera medida como ministro de Interior sería disolver el ejército de camisas pardas de Röhm, algo que, según él, «podría hacerse sin dificultades». ⁴² Schleicher cerró la reunión confirmando que había llegado el momento de que Hitler sustituyera a Papen como canciller del Reich. Ya se encargaría Schleicher de que su Fränzchen se aviniera a razones. Hitler estaba tan satisfecho con las deliberaciones que propuso que se colocara una placa en el lugar: «Aquí tuvo lugar la memorable conferencia entre Adolf Hitler y el general Von Schleicher». ⁴³

La noticia de la reunión se filtró, como ocurría inevitablemente incluso en las circunstancias más confidenciales. Birchall analizaba la maniobra de Schleicher con impecable agudeza para los lectores de *The Times*: «Los hitlerianos están convencidos de que tienen las mejores cartas, y no cabe duda de que tienen un as o dos, pero hay buenos motivos para creer que las cartas más altas, las que realmente decidirán la partida, todavía están en los competentes puños del barón von Gayl, ministro de Interior, del canciller Von Papen, del presidente von Hindenburg y, sobre todo, del teniente general Von Schleicher, ministro de Defensa». ⁴⁴ Kessler se encontraba casualmente en Berlín la semana en que se filtró la noticia de la disposición de Papen de dejar el cargo y permitir el nombramiento de Hitler como canciller. «Tengo amigos que son jugadores como él, y cuando la cosa va bien, va bien, pero cuando no, se parten el cuello», escribía Kessler en su diario. ⁴⁵ «Salvo que, en el caso de Papen, si las cosas van mal, no se parte el cuello a sí mismo, se lo parte a su país.»

*

Hitler salió de aquella reunión del viernes con Schleicher lo suficientemente seguro de sí mismo como para pedirle a sus principales lugartenientes que empezaran a planificar su mandato como canciller. Desde luego, el lugar más apropiado para reunirse y abordar el final de partida político de Hitler era el hotel Kaiserhof, uno de los mejores de Berlín. Desde su suite de la segunda planta –con sala de estar, chimenea y baño adjunto– Hitler podía mirar por la ventana

y contemplar, al otro lado de la Wilhelmplatz, una plaza de moda, la majestuosa fachada de la Cancillería del Reich, detrás de la que se hallaba el centro del poder político de la nación. Si la geografía determinaba el destino, como Hitler bien sabía, la proximidad indicaba intencionalidad.

O también Hitler habría podido hablar de estrategia en la Casa Parda de Múnich, el cuartel general del movimiento nacionalsocialista, sito en el 34 de la Brienerstrasse. La primera sede del Partido había sido un mero reservado de la cervecería Sterneckerbräu, que tenían alquilado por cincuenta marcos (unos doce dólares de hoy) al mes. «Poco a poco conseguimos luz eléctrica y después, más lentamente un teléfono, una mesa con unas cuantas sillas prestadas, más tarde una zona de almacén, y poco después un archivador», decía Hitler en *Mi lucha*.⁴⁶ Poco más de diez años después, en enero de 1931, el Partido se mudó al Palacio Barlow, un edificio neoclásico adquirido y reformado por 1,5 millones de marcos (6,5 millones de dólares de hoy), como centro administrativo del NSDAP, con dos centinelas de las SS estacionados en la entrada, una enorme bandera con la esvástica flameando en lo alto del tejado abuhardillado, y metros y metros de alfombra de felpa roja por los pasillos para proteger el parqué de las botas con tachuelas. «Todos estábamos orgullosos de la Casa Parda, sobre todo Hitler», recordaba Hans Frank, que llevaba el departamento jurídico desde la tercera planta.⁴⁷ «Él [Hitler] estaba constantemente haciendo pequeñas reformas en el interior, embelleciendo, mejorando, haciendo bocetos para los picaportes de bronce de las puertas, las lámparas, etcétera.»

Hitler ocupaba un salón en un rincón de la segunda planta cuyo techo estaba decorado con esvásticas de estuco. De las paredes colgaban un retrato de Federico el Grande; un cuadro donde se veía a la unidad militar de Hitler, el 16.º Regimiento de Infantería de la Reserva Bávara, en combate durante la guerra, y una fotografía enmarcada de Henry Ford. Sobre una mesa del vestíbulo había una traducción alemana de *El judío internacional*, el tratado antisemita de Ford. Hitler, que nunca trabajaba con horarios regulares, tendía a llegar sin avisar, hacía un par de llamadas por teléfono, mantenía

algunas reuniones sobre temas concretos, y después pasaba a toda prisa por delante de sus camaradas nacionalsocialistas con esta despedida: «¡Perdonen! ¡Pero me tengo que ir! ¡Volveré mañana!». ⁴⁸

Sin embargo, en agosto de 1932, la Casa Parda ya no era el lugar más seguro para las deliberaciones confidenciales. En marzo, Goebels oyó a un «espía» que estaba pinchando un teléfono. «Pedimos que revisaran la línea», anotaba. ⁴⁹ «Por supuesto, no hemos encontrado nada.» Al mes siguiente la Casa Parda fue registrada por la policía en una ofensiva coordinada contra los cuarteles generales de las SA en todo el país. ⁵⁰ «La policía no solo registró las oficinas de las SA y de las SS, sino todas las dependencias del edificio, sobre todo los archivos», recordaba Adolf Dresler, que trabajaba en el departamento de prensa, en la cuarta planta. ⁵¹ «En muchos despachos que no tenían nada que ver ni con las SA ni con las SS, la policía incautó expedientes y se los llevó.» Hubo otro registro aún mayor en junio, en el que intervinieron doce vehículos policiales y un enjambre de policías armados con pistolas y fusiles que asaltaron el edificio. «La ocupación duró dos días y una noche. Había policías de pie y acostados en todos los pasillos. Tenían vigilado cada teléfono», recordaba Philipp Bouhler, jefe de negocios de la Casa Parda. ⁵² Y todo eso ocurría sin que nadie supiera que Schleicher tenía un agente de los servicios de inteligencia en los más altos escalafones de la administración de la Casa Parda.

Hitler solía celebrar sus debates más confidenciales –y trascendentales– en Haus Wachenfeld. «Fue allí donde pasé mis momentos más agradables y concebí todos mis grandes planes», decía. ⁵³ Situada en una pradera en la ladera de un monte, la rústica casa de tres plantas, que se calentaba con estufas de cerámica, ofrecía unas asombrosas vistas de los Alpes Bávaros y una visión de lejos de la ciudad de Salzburgo, jalonada por las numerosas agujas de sus iglesias, más allá de la cual se encontraba la tierra natal de Hitler. Angela Raubal, la hermanastra mayor de Hitler, que era viuda, llevaba la casa, la limpieza, la cocina, y ofrecía confort familiar para Adolf y sus invitados. «Después de comer nos sentábamos alrededor de la mesa redonda o en el largo banco pegado al horno de porcelana

verde», recordaba Otto Dietrich, portavoz del NSDAP, de sus frecuentes visitas.⁵⁴ Una jaula de periquitos y tres perros completaban el cuadro de la tranquilidad doméstica.

Cómodamente instalado en Obersalzberg, a una distancia prudencial de los periodistas entrometidos y de las perturbadoras redadas de la policía, por no hablar del feroz calor veraniego, Hitler había reunido a sus más estrechos colaboradores para discutir la estrategia a seguir en lo que prometía ser el momento más trascendental de los trece años de su trayectoria política. Allí estaban prácticamente todos los inquilinos de la planta noble de la Casa Parda: Strasser, Goebbels, Röhm, Wilhelm Frick, diputado del Reichstag, y Hans Frank, a la sazón abogado de Hitler y futuro gobernador general de la Polonia ocupada, junto con Göring al teléfono desde Berlín.

Hitler repitió sus deliberaciones del viernes con Schleicher, pero dando una versión mucho más ambiciosa de la que se conserva en el acta de Planck. «Göring va a ser el ministro de Transportes y Frick el ministro de Hacienda», anotaba Goebbels. Richard Walther Darré, autor de la doctrina nacionalsocialista de *Blut und Boden* —«sangre y tierra»— iba a ser ministro de Agricultura, y Goebbels de Cultura y Educación. Strasser asumiría el cargo clave de ministro de Interior, con autoridad sobre las fuerzas de seguridad y la policía secreta. «Me pareció una elección excelente, como medio de contrarrestar las conspiraciones violentas de Himmler», recordaba posteriormente Frank, refiriéndose a Heinrich Himmler, jefe de las SS.⁵⁵ Aparentemente, ni Hitler ni Strasser mencionaron el debate sobre si habría que disolver o no las SA.

El único punto de discrepancia durante los tres días de deliberaciones llegó cuando Strasser, con algunos rodeos, planteó si el nombramiento de Hitler como canciller debía ser una condición *sine qua non* de las negociaciones. Strasser temía que asumir una línea dura pudiera echar a pique todo el proceso y, con ello, las perspectivas de que el NSDAP tuviera un punto de apoyo en el poder. ¿Por qué no considerar la posibilidad de que Hitler fuera vicecanciller de Papen, con la perspectiva a más largo plazo de una transición

de Hitler hasta el sillón de canciller una vez que hubiera demostrado su valía, como había propuesto el propio Papen? Como todo el mundo, Strasser tenía la sensación de que todavía quedaba mucho trabajo por hacer.

A pesar del triunfalismo en público por las elecciones del 31 de julio, el resultado había dejado a Hitler a falta de un 14 por ciento de los votos para la mayoría absoluta y el derecho indiscutible a detentar el poder político. «Hemos ganado una miseria», reconocía Goebbels en privado.⁵⁶ Pero las expectativas habían aumentado. Los que habían votado a los nacionalsocialistas estaban ansiosos por ver cambios políticos. Y lo más inquietante era que el ejército de Röhm clamaba por una marcha sobre Berlín, ya fuera para hacerse con la capital o para celebrarlo, o ambas cosas, por medios democráticos o por la fuerza bruta. Eso solo dejaba dos opciones: idear una coalición de partidos de derechas, como proponía Strasser, o convencer a Hindenburg de que nombrara canciller a Hitler con poderes ilimitados. Las opiniones se polarizaron, como inevitablemente ocurría entre los lugartenientes de Hitler, entre los «objetivistas» –Strasser, Frank, Frick–, que abogaban por un rumbo de acción a la vez pragmático y legal, mientras que los «radicales» –Göring, Goebbels, Röhm– querían «liberar» al pueblo alemán de las estructuras y los procesos democráticos y de los grilletes del Tratado de Versalles, ya fuera mediante negociaciones políticas secretas o por medio de una revolución violenta. Los paramilitares de Röhm estaban listos para emprender la marcha. Aquella noche Hitler y Goebbels estuvieron sentados en la veranda de Haus Wachenfeld. «Una noche maravillosa», escribía Goebbels en su diario.⁵⁷ «Estrellas fugaces. Pedimos como deseo buena suerte y libertad.»

Durante aquellas mismas altas horas de la noche, en un remoto pueblo de la región industrial de la Alta Silesia, en el extremo más oriental del país, tenía lugar un acontecimiento que iba a complicar ulteriormente los planes de Hitler y a obligarle a elegir –de la manera más pública posible– entre las exigencias pragmáticas de la política electoral y su compromiso personal con los principios de su movimiento político.